

M. LÉGAUT, TESTIGO DE UN PORVENIR

Joseph Moingt

INTRODUCCIÓN

Miquel Calsina Buscà

El texto que presentamos es la traducción al castellano del *Prefacio* escrito por el teólogo Joseph Moingt a la obra de Thérèse De Scott: *Témoignage d'un avenir, Marcel Légaut* (Cerf, 2005). El mismo texto, sin ninguna modificación ni revisión, pasó a ser un capítulo del libro de J. Moingt: *Figures de théologiens* (Cerf, 2013). Cabe tener en cuenta las siguientes consideraciones: 1. Se ha respetado la cursiva con la que aparecen algunas palabras en el texto original. 2. En la versión francesa, diversos fragmentos literales de escritos de Marcel Légaut aparecen entrecuillados pero sin la referencia bibliográfica de su origen. Se han mantenido así en la traducción. 3. El uso y distribución de los conceptos *porvenir* y *futuro*, frecuentes en el escrito, responde a consideraciones de matiz y de sentido de fondo, en cada contexto.

Joseph Moingt falleció el 28 de julio de 2020 a la edad de 104 años. Es una de las figuras más relevantes de la teología del siglo XX. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1938 y fue ordenado sacerdote once años después. Enseñó teología en la Facultad de Lyon-Fourvière y más tarde en el Instituto Católico de París y en el Centro Sèvres. De 1968 a 1997, dirigió la revista *Recherches de science religieuse*. Habiendo empezado a enseñar teología unos años antes del Concilio Vaticano II, fue testigo de los cambios que se produjeron en la Iglesia y de

las transformaciones de la sociedad francesa a finales de los años sesenta. Acompañó diversos grupos y escuchó lo que percibía un número creciente de cristianos fuera de los círculos académicos. Todo su pensamiento está muy marcado por una reflexión sobre el futuro del cristianismo en un mundo en el que la fe ya no puede darse por sentada. Una reflexión teológica fundamentalmente crítica y abierta a la modernidad fue la causa de un cierto ostracismo en los ámbitos oficiales. Esto explica, en cierto modo, la escasa repercusión de su muerte. Algunas de sus obras más importantes son: *Devenir chrétien* (1973); *La transmission de la foi* (1976); *L'Homme qui venait de Dieu* (1993); *Dieu qui vient à l'homme* (2 vol. 2002 y 2007); *Croire quand même* (2010); *Faire bouger l'Église catholique* (2012); *L'Évangile sauvera l'Église* (2012); *L'Esprit du Christianisme* (2018). Para un obituario completo ver: François Euvé: «Joseph Moingt (1916-2020). Penser l'avenir du christianisme», *Études*, Octubre 2020.

PREFACIO

Joseph Moingt

Thérèse De Scott siguió muy de cerca a Marcel Légaut durante los últimos veinte años de su vida —los de una reflexión más intensa y de una mayor producción literaria del autor—, y ello la convierte en una persona especialmente cualificada para dar a conocer su pensamiento, puesto que escuchó lo que él pretendía expresar incluso antes de que fuera escrito, y porque Légaut, como buen maestro socrático, sabía escuchar igualmente a aquellos a quienes hablaba, alimentando a la vez sus reflexiones y escritos de lo esencial de sus conversaciones. A la fidelidad de la escucha cabe añadir también el propio testimonio personal de Thérèse De Scott, autora de varios libros sobre Légaut y su obra; libros en los que la proximidad con el autor, le autoriza a presentar una

discreta interpretación de su pensamiento, dándolo a conocer incluso más allá del círculo de sus más allegados. Una escritura viva y ligera ha facilitado sin duda esta difusión, cualidades que el lector encontrará también en este nuevo libro, testimonio de una fidelidad que se deja entrever detrás del testimonio de un gran testigo.

La vida de Marcel Légaut abarca casi todo el siglo XX, desde su nacimiento en 1900 hasta su muerte en 1990. Durante sus años de estudiante universitario llevará una vida de militancia cristiana en cierto modo interior y comedida, dirigiendo —en París, al inicio—, encuentros de oración y de reflexión sobre el Evangelio que más tarde, tras la Segunda Guerra Mundial, continuaron en forma de retiros campestres en el sudeste de Francia. Sus libros son, en cierto modo, una suerte de eco de estos retiros. Y si bien han alcanzado un público mucho más amplio que el de los discípulos que iban a encontrarle, han mantenido la marca de un pensamiento elaborado desde la distancia; en absoluto el sello de un pensador solitario, ya que Légaut fue un hombre de diálogo, atento siempre a lo que se hacía, se pensaba, se decía y se escribía en Francia y más allá, pero que mantiene asimismo el carácter de una reflexión meditada y madurada en la soledad, lejos de las multitudes y al margen de las corrientes de pensamiento dominantes en el mundo intelectual, especialmente el eclesíástico. Por todo ello, este libro de Thérèse De Scott llega en el momento adecuado y merece toda la atención.

Los cristianos practicantes son cada vez más una minoría, y ser un cristiano activo exige hoy una cierta audacia militante. A los más reflexivos y críticos (ninguna reflexión puede llegar muy lejos sin un auténtico espíritu crítico) se los aparta o bien se alejan ellos mismos de la Iglesia, tomando distancia de ella o manteniéndose en sus márgenes. Incluso los más comprometidos permanecen en un lugar discreto, en actitud dubitativa y cuestionadora, reuniéndose en grupos o

formando parte de corrientes y redes a menudo informales, que intentan comprender juntos lo que ha sucedido, lo que sucede y lo que puede suceder en la Iglesia. Nacido de encuentros similares suscitados por unas mismas inquietudes, este libro es sin duda para ellos.

¿Sobre qué y de qué nos da testimonio este libro? En primer lugar, puesto que el pensamiento de Marcel Légaut está centrado sobre todo en Jesús y en el modo de llegar a ser discípulo, cada una de estas páginas nos habla de su propio seguimiento de Jesús, desde el Evangelio. En este sentido, el lector preocupado por no alejarse de la realidad, podría objetar que ello puede ser útil para la vida espiritual de los cristianos pero ¿lo es para una mayor comprensión de la situación actual de la Iglesia? – Sí, porque Légaut no siente la necesidad de abstraerse de la actualidad de la Iglesia para ir al Evangelio; bien al contrario, para él la Iglesia es esencialmente seguimiento de Jesús, como ser cristiano consiste esencialmente en vivir como discípulo. Légaut busca comprender lo que sucede en su tiempo desde este punto de vista, desde el observatorio del Evangelio pero sobre el terreno de la Iglesia, yendo de uno a otro en ambos sentidos. Un movimiento de ida y vuelta en que examina incesantemente la historia de la Iglesia y extrae de su pasado un esclarecimiento sobre su presente.

Se podría plantear igualmente una segunda objeción: estos análisis, por muy valiosos que sean por su interpretación del pasado de la Iglesia, ¿aportan únicamente la experiencia de un solo hombre y del siglo XX, un siglo del que nos alejamos a gran velocidad? — Esta sería una valoración igualmente inexacta, puesto que a Légaut, que no es historiador, no le interesa el pasado en sí mismo sino porque es el origen de la situación presente que se remonta a mucho tiempo atrás. En el marco de su retiro campesino, poco asediado por el mundanal ruido, no permanece en la superficie de una actualidad cambiante, sino que se sumerge en sus

profundidades, allí donde el pasado, muriendo en el presente, se transforma en porvenir; no para prolongarse de forma idéntica en el futuro sino para permitir que de la travesía de una larga muerte, en el flujo y reflujo del tiempo, surja la posibilidad y la promesa de un porvenir diferente. Este porvenir es lo que inquieta a Légaut y así lo atestigua él mismo en muchas ocasiones. Precisamente porque no se dejó arrastrar por el presente, pudo aprehender de la actualidad que él vivía —y con qué capacidad de *aprehensión!*— lo que muy pocos percibían entonces a su alrededor, el porvenir que unos pocos de entre nosotros empiezan tan sólo a presentir hoy. Por eso Marcel Légaut no puede dejarnos indiferentes: su testimonio ilumina nuestro presente y anticipa nuestra espera. Por eso es testigo de un porvenir.

«Testigo de un porvenir» es una expresión paradójica. Únicamente testimoniamos el pasado y el registro de los acontecimientos, a no ser que en lo que sucede se perciba lo que pasa, es decir, lo que muere y deja paso a otra cosa; y a no ser que en la comprensión de lo que muere, se haya captado ya la figura de lo que viene. La verdad de esta expresión reside, pues, en su paradoja: sólo se puede captar el futuro en lo que ocurre hoy si nos dejamos interpelar por la muerte de lo que pasa; es decir, si admitimos de algún modo —y aún a riesgo ser arrastrado por su pérdida— que lo que hoy se vive dejará de ser, y si comprendemos, al mismo tiempo, que muere lo que debía morir. Entonces es cuando dicho acercamiento a la muerte puede entenderse como un dejar paso a otra cosa: el advenimiento de un tiempo nuevo, la irrupción de un futuro que si viene del pasado es por la muerte de este. Lo que se percibe en primer lugar no es el futuro en sí mismo sino la esperanza, la promesa, la llegada de un porvenir posible. En este sentido Légaut nos dice: la muerte que vivís puede acogerse como nacimiento. Así deseado y esperado, el porvenir que se entrevé puede reconocerse como el futuro de un pasado que ya está muriendo. Puesto que no surge de la

nada, no será algo completamente nuevo, desconocido o incognoscible por más que solo sea inteligible en el modo posible de ser el futuro de una realidad conocida que ya no es como era en otro tiempo.

El futuro no deja pues de proceder del pasado, aunque no de una forma inmediata, pues procede de un pasado cuya muerte se acepta con la esperanza de que vuelva a revivir de otra forma. De modo que el futuro proviene, al mismo tiempo, de un pasado que le transfiere su identidad, y de un porvenir que ofrece a dicho pasado un llegar a ser de otra manera. Légaut, en definitiva, nos dice: aquello con lo que os identificáis hoy, revivirá, pero de una forma diferente. Y porque esta nueva realidad aún por llegar no puede conocerse en sí misma ni en toda la novedad que está llamada a revelar, es por lo que solo podemos captar el reflejo que emerge de lo que muere: el surgimiento de un porvenir, sus contornos, su orientación, su proyección, su proyecto, el sentido de su llegada. En la inteligibilidad de lo que debe morir del pasado, se nos da comprender o al menos presentir lo que debe ser su porvenir bajo la forma y el orden de un deber-ser y un deber-hacer que sí que nos incumben. «Hace unos años, intuía el porvenir a partir de una justificación y de una transposición del pasado», decía Légaut poco antes de morir; y continuaba: «hoy tengo la impresión de que el futuro sólo puede ser un renacimiento tras una especie de muerte del pasado, un más allá de lo que se ha vivido hasta el presente. En otro tiempo, tenía la certeza de lo que podía esperar. Ahora, lo ignoro».

El lector no debe buscar en este testimonio de y sobre Légaut una explicación definitiva de lo que está viviendo en su presente ni del mañana que le espera. Sin embargo, una advertencia es clara: el porvenir no debe proyectarse como la prolongación de lo que es, ni como una restauración de lo que fue y que en ningún caso volverá. Una promesa arrebatadora se esconde en la aceptación de tal ignorancia: la

muerte será renacimiento si la vemos y la vivimos realmente como muerte. He aquí lo que el lector encontrará en este libro: una luz para esclarecer y dirigir su mirada, un estímulo para liberarse de las mortajas del pasado, una orientación en su búsqueda y en su actuar, y, por encima de todo, las huellas de un itinerario evangélico, el único capaz de salvar el pasado por el hecho de darle una vida nueva.

Testigo de un porvenir que puede llegar a surgir, pero, ¿qué porvenir, para quién y para qué? Tal vez debería haber empezado por explicarme sobre este punto. Pero he querido dejar aflorar la gozosa esperanza de un porvenir en su desnudez y también en su crudeza sin ocultar dónde se esconde y de dónde puede surgir únicamente. Sí, un porvenir es posible e incluso concebible, y ya está viniendo. Pero solo puede nacer de la muerte comprendida y aceptada como condición de una renovación deseada como portadora de dicho porvenir, decidida y gozosamente vivida como renacimiento. En segundo lugar, ante el riesgo de despojarlo de algo esencial, he preferido dejar este porvenir en lo indeterminado. Porque el lector sabe de antemano que se tratará del futuro de la Iglesia y del cristianismo. Y para Marcel Légaut se trataba ciertamente de esto, pero no solo porque se trata también del futuro del hombre y de la humanidad del hombre y esto, para él, no es menos esencial que lo anterior: «Debemos esforzarnos en rehacer el hombre y el cristiano juntamente – decía – y no solo el cristiano o solo el hombre».

A la vista de su producción literaria, no es exagerado pensar que el futuro de la Iglesia era su gran preocupación. Al igual que otros intelectuales católicos de su generación, tenía una idea elevada de ella y sufría por los ataques de los que era objeto, y más aún por la decadencia en que la veía hundirse; y si bien no fue parco en sus críticas, no era tanto con la intención de reformarla según sus propias ideas sino con la de orientar a un mayor número de verdaderos creyentes al servi-

cio de su Iglesia. Ante esta preocupación, entró de lleno en la causa del hombre. Describirse a sí mismo como un creyente de la modernidad indicaba que compartía las concepciones antropológicas y los ideales espirituales, éticos y humanistas recibidos de la Ilustración; y al igual que a muchos filósofos de su tiempo, incluso agnósticos, le inquietaba ver a la sociedad de su tiempo despojada de sus recursos espirituales, entregada al hedonismo y al culto del beneficio y de la técnica. Aunque no habría sumado en ningún caso su voz al ruidoso coro que imputa la muerte del sujeto a la filosofía de la muerte de Dios, no por eso estaba menos convencido de que la pérdida de todo sentido de transcendencia conduce inevitablemente a una degradación de la humanidad del hombre. Persuadido igualmente de que al hombre de la modernidad, lo había educado el cristianismo, reprochaba al de su tiempo no haberse preocupado lo suficiente de lo humano y pensaba firmemente que la vocación de la Iglesia —y su propia salvación— era ponerse al servicio del hombre. He aquí en qué sentido le preocupaba a la vez el porvenir del hombre y el de la Iglesia, y deseaba servir la causa de ambos, en cada uno de ellos.

A los ojos de Légaut, las dos causas forman una sola, sin confusión ni división, sin cálculo apologético ni deriva humanitarista, unidas como están en el Evangelio y de manera singular en el hombre Jesús. Para “rehacer juntos al hombre y al cristiano”, preconiza una doble línea convergente: por un lado, partir de la interiorización de la conciencia de sí mismo para ir hasta Jesús y finalmente hasta Dios. Por otro lado, partir de la humanidad de Jesús para descubrir lo que debe ser en nosotros el pleno cumplimiento de lo humano y elevarse, desde ahí, a la contemplación de la verdad de Dios. Por muy grande y afectuosa que fuera su devoción por la persona de Jesús, no lo consideraba en abstracto ni en su pura divinidad, ni desde un punto de vista únicamente teológico sino en la realidad de la historia y de lo cotidiano, en el marco de sus opciones concretas y de sus actos humanos; y

aconsejaba en particular a los cristianos de su tiempo que observaran atentamente como actuó Jesús ante la religión de su pueblo, que era la suya, y que se aplicaran a fondo en la comprensión de su tradición religiosa pero criticándola; consagrándose a la realización del pasado de su pueblo pero yendo más allá de ello. Légaut los invitaba a inspirarse y a adoptar la misma actitud respecto al presente y al pasado de su Iglesia, con deferencia y la distancia.

Notaremos en su proceder una preocupación, bien moderna, por una mirada histórica sobre Jesús, pero además una sorprendente alianza, fuente de rigor, entre la piedad y la crítica, y una primacía del sujeto dentro de una convergencia, no menos significativa, de lo singular y lo universal: el sujeto llamado Jesús, el sujeto cristiano, todo sujeto humano. La reforma de la Iglesia a la que invita Légaut tras el Concilio Vaticano II, conduce prioritariamente a la conversión evangélica del creyente, sin coartada. Esta conversión lo lleva a que una mayor humanidad y a que esta busque en dicha conversión su criterio: la preocupación por la Iglesia, en definitiva, no desarraiga al creyente de su compromiso con la ciudad sino que lo lleva a profundizar en él. Son propuestas que resonarán en el espíritu de los cristianos de hoy, que encontrarán en ellas importantes puntos de referencia.

Tal es la meditación de anchos horizontes que propone Marcel Légaut, una meditación que llama a una acción de amplio alcance y a una tarea de gran paciencia y sin brusquedades. Y sin embargo el tiempo apremia porque la muerte está ahí y no espera. Pero esta muerte será la oportunidad de un nacimiento si ella es el acto de dar la vida; y el tiempo que pasa nos estimula a aprovechar esta oportunidad. Gracias a Thérèse De Scott por transmitirnos este testimonio de esperanza.